

9 de Septiembre. — Me levanté poco después de las seis y leí á Cobbet con admiración, placer y aversión (1). Después del almuerzo di instrucciones sobre los preparativos culinarios que han de hacerse para Ellis, que tiene más de Aparicio que yo. Luego, después de escribir un poco, puse en el bolsillo un tomo de Plauto, y vagué por los bosques al pie del Bonchurch. Me senté de vez en cuando y leí el *Poenulus*. Es entretenido; pero hay en el buen Plauto cierta torpeza y pesadez que le hacen tan mal sustituto de los maestros áticos de la comedia como el burro con respecto al perro de la fábula. Veis á cada paso que lo que él hace toscamente y sin tino fué hecho en el original con exquisita delicadeza. El Hanno de la comedia me trajo á la memoria el Hanno de mi canto de Virginia, y fui repasando este último durante el resto del paseo y me complació bastante. Ahora hace ocho años que se publicaron esos poemas. Todavía se venden y aun parecen agradar. No los tengo en mucho; pero no sé que se haya publicado ninguna poesía mejor desde entonces.

(1) He leído á Cobbett (escribe Macaulay). Interesante; pero la impresión de una lectura prolongada de tan venenosa invectiva y tamaña sofistería llega á ser penosa. Después de entrar en el Parlamento no fué nada. Allí hablaba con desembarazo cuando yo le oí, que fué á menudo. Me parece que pronunció un discurso de éxito—mera zumba sobre Plunkett—estando yo ausente. Demostró que era incapaz de hacer nada grande en las discusiones; y su asistencia al Parlamento le impidió hacer nada grande con la pluma. Su *Register* llegó á ser tan estúpido como el *Morning Herald*. Ciertamente, sus facultades decayeron con la edad, y las horas descompasadas de la Cámara contribuyeron probablemente á debilitar su cuerpo, y, por tanto, su espíritu. Su vanagloria y su sospecha de que todo el mundo estaba conjurado contra él fueron en aumento, y á lo último llegaron á tal grado que estaba realmente tan loco como Rousseau. Si yo quisiese podría escribir un artículo muy curioso sobre él.

De regreso me llevé Fra Paolo al jardín. ¡Admirable escritor! ¡Cómo gozo de mi soledad, del sol, del aire fresco, del paisaje y del tranquilo estudio! No sé cómo me he permitido pensar que yo no podía vivir fuera de Londres. Después de la comida volví á salir, mirando á las estrellas y recordando cómo solía contemplarlas á bordo del *Asia*. Aquellos eran tiempos desgraciados comparados con estos. No veo en mí ninguna predisposición á echar de menos el pasado cuando miro al presente.

16 de Septiembre.—Paseé nuevamente por la hermosa espesura que hay bajo el Bonchurch, y restituí al griego el diálogo del *Rudens* entre Gripo y Daemones, «¡oh! Gripo, Gripo»: diez y nueve versos que no tendría inconveniente en presentar en un concurso universitario. Fueron hechos en las condiciones más desventajosas, porque no tengo á mi disposición más libros griegos que un *Plutarco* y un *Nuevo Testamento*, ninguno de los cuales sirve mucho para el caso (1).

Macaulay opinaba que hombres, cuyo centro de vida se encuentra en otra parte que entre los clásicos, pueden hacer cosa de más provecho que traducir buena poesía inglesa en versos griegos y latinos. Se ha dicho que «los yámbicos griegos, de los cuales escribió Eurípides diez en una tirada de trabajo, y los exámetros latinos, de que Virgilio escribió cinco en un día, no son cosas para enjaretadas á docenas» en un paseo de tarde por un legista ó estadista inglés en día de asueto. Macaulay iba más lejos aún, y afirmaba que las disparidades entre el modo moderno de pensar y hablar y el modo antiguo son de tal índole que des-

(1) Pueden verse esos versos al fin de las *Misceláneas*. Se supone que el original del *Rudens* fué un drama griego, que ya no existe, del poeta Difilo.

afian al más hábil y experto traductor—trabajando, como ha de trabajar, en una lengua que no es la suya. —A tal idea se debe que el único ensayo que hizo de composición griega desde que salió de las aulas tendiese á reproducir un antiguo original perdido.

28 de Septiembre.—Leí parte de la Vida de Fra Paolo, puesta á la cabeza de su *Historia*. Hombre portentoso; pero el biógrafo hubiera hecho bien en atenuar las cosas casi increíbles que refiere. Según él, Fra Paolo fué predesor de Galileo en matemáticas, de Locke en metafísica—esto último me parece cierto—y el verdadero descubridor de la circulación de la sangre. Esto es algo excesivo. Haber escrito la *Historia del Concilio de Trento* y *La defensa de la República Veneciana contra Roma*, es bastante para la fama de un hombre. En cuanto al empeño de probar que era un verdadero católico romano, aun con arreglo á las nociones galicanas, era un empeño inútil. Bossuet, á quien los teólogos ultramontanos miran poco menos que como un hereje, era un ultramontano fanático en comparación con Fra Paolo (1).

9 de Octubre.—Di un vistazo á la crítica de Whitaker sobre Gibbon. Malevolencia obtusa, con alguna que otra observación acertada. Sería extraño que en obra tan vasta como la de Gibbon no hubiese ninguna materia para observaciones justas. ¡Qué completamente se han olvidado todos los ataques dirigidos contra su *Historia*! este de Whitaker, el de Randolph, el de Chelsum, el de Davis, el de ese estúpido de José

(1) Macaulay dice en una carta fechada en Septiembre de 1850: «Fra Paolo es mi historiador moderno favorito. Su asunto no admitía una pintura animada; pero lo que hizo lo hizo mejor que nadie. Yo desearía que no hubiese conservado su hábito de fraile, porque, de corazón, era, sin duda, tan protestante como Latimer.»

Milner (1), y aun el de Watson. Y, sin embargo, la obra, con todos sus grandes lunares de fondo y de estilo, conserva y conservará su puesto en nuestra literatura; y eso, á pesar de ser contraria á los sentimientos religiosos del país, y muy injusta, en realidad, en lo que afecta á la religión. Pero Whitaker era de lo más ruin que he conocido.

14 de Octubre.—Esta mañana estuvo ***. Parece que marcha bien. Es casi la única persona á quien he prestado auxilios pecuniarios sin tener motivos de arrepentirme. No hablo, naturalmente, de mi familia; pero tengo la seguridad de que, en estos diez años últimos, he desembolsado varios cientos de libras con la mira de hacer bien á personas, á quienes de nada habrá servido el auxilio, por sus vicios y locuras. He

(1) Macaulay expresó bien enérgicamente la idea que tenía de Milner al margen de su ejemplar de la *Historia de la Iglesia*. «Mi porfía con usted (dice en un sitio) es que es usted ridículamente crédulo; que violenta usted todas las cosas para sus fines con menosprecio de todas las reglas de una sana interpretación; que ignora usted profundamente su asunto; que sus informes son de segunda mano y su estilo tedioso.» Al margen del pasaje en que Basilio dice de Taumaturgo (en cuyo poder milagroso creía Milner devotamente): «Nunca se permitió llamar necio á su prójimo», escribe Macaulay: «Entonces es que no conoció un necio como Milner.»

El deán Milman, escribiendo para el público, expresa la misma opinión en términos más propios de la pluma de un eclesiástico: «La *Historia de la Iglesia* de Milner goza de gran popularidad entre una extensa clase de lectores, que prefieren la piedad fervorosa y la concordancia con sus propias creencias á la profunda investigación original, á la variada erudición y al juicio desapasionado, que otros cristianos más reflexivos consideran indispensable en un historiador. En su respuesta á Gibbon Milner revela, desgraciadamente, su ineptitud para la crítica histórica. Cuando entra en detalles, habla en generas de cosas indefendibles, hace tiempo abandonadas por los hombres doctos.»

recibido una carta de miss ***, pidiéndome que la preste—es decir, que la dé—cien libras. No la he visto nunca; no sé nada de ella; no tiene más motivo para dirigirse á mí sino que una vez la di dinero. No hay que decir que me detestará é insultará por no satisfacer su modesta petición. Salvo en el caso de ***, jamás, que yo sepa, he cosechado más que malas voluntades á cambio de socorros, que han sido frecuentemente de gran entidad para mis recursos. Mi blandura ha tentado á aquellos á quienes socorría, á hacer inconsideradamente petición tras petición. Al fin he tenido que plantarme, y entonces se han dado por agraviados.

Compré el *Bloqueo de Noruega*, por sir Felipe Francis: Junius enteramente; pero Junius envejecido. He visto, entre otras cosas, los discursos de Newman, que acaban de publicarse. Son bastante ingeniosos, y me atrevo á decir que convincentes para los que se llaman anglo-católicos; pero para mí son tan fútiles como cualquier tradición rabínica. Un discurso va dirigido evidentemente contra mí, aunque sin nombrarme. No deseo más sino que el público juzgue entre nosotros.

Fui á Westbourne Terrace, y hablé con Ana de tomar un *brougham*. Lo haré positivamente. El coste será pequeño y la comodidad grande. Por otra parte, nada más justo sino que yo saque alguna ventaja de mi trabajo.

25 de Octubre de 1850. — Mi cumpleaños. Tengo cincuenta. He llevado una vida feliz. No sé que nadie á quien yo haya visto de cerca la haya tenido más feliz. Algunas cosas echo de menos; pero, en resumen, ¿quién ha salido mejor librado? No tengo hijos, es verdad; pero tengo seres á quienes quiero como si lo fue-

ran, y que creo que me quieren á mí. Deseo que los diez años inmediatos sean tan felices como los últimos diez. Pero lo deseo más bien que lo espero.

1.º de Noviembre.— Me ha sorprendido recibir una carta del doctor Holland diciendo que el pobre Enrique Hallam está muriéndose en Sienna. ¡Qué prueba para mi antiguo y querido amigo! Lo siento también por el mozo mismo. Muy afectado. He comido, á pesar de todo. Comemos, á no recibir el golpe cerca, muy cerca del corazón.

Holland está muy irritado y alarmado en lo de la Bula pontificia y el arzobispo de Westminster. Yo no; pero no me disgusta que otros se asusten, porque sus temores son para nosotros una nueva seguridad contra esa execrable superstición. La santurronería anglocatólica y católica romana empieza á disgustarme tanto como me disgustaba después de la Resurrección la santurronería puritana. Las fechas de sus cartas, víspera de Santa Brigida, octava de San Swithin, me excitan como solían excitarme el primer mes y el primer día de los cuákeros. No me maravillaría de que este sentimiento se generalizase, y de que esas majaderías se hundiesen en medio de una explosión de carcajadas.

2 de Noviembre. — Durante el almuerzo me tranquilizó una línea de Holland diciéndome que el joven Hallam está mejor y parece marchar bien. ¡Dios lo quiera! Fui á Brooks y hablé sobre la cuestión Wiseman. Puse muy alegres á mis oyentes.

4 de Noviembre. — Me ha afectado mucho saber que ha muerto el pobre Enrique Hallem. ¡Ay, ay! Murió el día de mi cumpleaños. Debe haber mediado entre nosotros cerca de un cuarto de siglo. ¡Pobre Hallam! ¿Qué hará? Él es más estoico que yo segura-

mente. He paseado por las calles leyendo á Epicteto. ¡Untura para roturas de huesos! Que vea él cómo se consolará Hallam oyendo decir que las vidas de los hijos οὐκ ἐφ' ἑμὶν (1).

5 de Noviembre. — Fui á casa del pobre Hallam. Los criados habian tenido noticias de él hoy. Estaba en Florencia, apresurando el regreso, quizá con el cadáver. ¿A qué trajo á su hijo Arturo? ¡Ay! Leí la *Vida de Hugo Blair*: un libro estúpido, escrito por un estúpido acerca de otro estúpido. Es verdaderamente extraño que un pobre diablo como Blair haya podido disfrutar de reputación literaria. La *Vida* es de ese género detestable que cultivó Dugal Stemart: no es una vida, sino una serie de disquisiciones sobre toda clase de asuntos.

2 de Diciembre. — Vi al pobre Hallam. Estuvo como siempre. Al principio lloró y se encontraba muy afectado. Luego se serenó, y estuvimos hablando, como en otros tiempos, cerca de una hora.

10 de Diciembre. — He escrito, ó más bien copiado y corregido mucho. La disquisición declamatoria que he puesto en vez de los discursos de los antiguos historiadores me parece en su punto (2). Es un género de composición que cuadra á mi estilo, y que probablemente gustará al público. He encontrado á sir Bulwer Lytton ó Lytton Bulwer. Se preocupa de un proyecto de asociación de literatos. Yo deteste tales asociaciones. Odio la idea de autores gregarios. Cuanto menos tengamos que ver unos con otros, tanto mejor.

(1) No están en nuestras manos.

(2) Macaulay se ocupaba á la sazón de la controversia sobre la legitimidad del juramento de fidelidad á Guillermo y María, que dividió en dos partidos á los teólogos de la Alta Iglesia de 1689. Véase el cap. xiv de la *Historia*.

25 de Diciembre.—En la cama, y durante el almuerzo, he leído las cartas de Porson al arcediano Travis, y comparé la colección con el *Gentleman's Magazine*, en que aparecieron primitivamente. El libro ha desmerecido algo por la torpeza de convertir lo que eran cartas á Silvano Urbano (1) en cartas al arcediano Travis; pero es una obra magistral. Una comparación entre ella y el *Phalaris* será una comparación entre la inteligencia de Porson y la de Bentley: la de Porson más firme, exacta y correcta; la de Bentley mucho más comprensiva é inventiva. Paseando, leí la paparrucha del obispo Burgess en respuesta á Porson. De vuelta en casa, leí la defensa que hace Turton de Porson contra Burgess: un zote de lo más cerrado, con quien lo mismo es razonar que dar de puntapiés á un fardo de lana. ¿Se ha visto nunca tal ejemplo de lo que ciega el fanatismo como el hecho de que algunos hombres, que no eran completamente negados, sigan creyendo, después de leer á Porson y á Turton, en la autenticidad del texto de los *Tres Testimonios*?

10 de Enero de 1851.—Llueve que te llueve. He escrito un poco, pero estoy desanimado. Me parece que tengo que rehacer lo hecho. Sin embargo, tanto mejor. Es la antigua historia. ¡Cuántas veces no me pasó lo mismo con los dos primeros tomos, y qué bien salí adelante al fin! He vuelto á cobrar ánimos y he trabajado.

Acabé la *Vida de Mathews*. Es una obra extraña, demasiado extraña; pero muy interesante. Hombre

(1) Silvano Urbano era el *nom de plume* adoptado por el Director del *Gentleman's Magazine*. En otra parte de su Diario dice Macaulay: «Leí las cartas de Porson á Trevis. No me cansa nunca.»

singular: seguramente, el actor más grande que he visto en mi vida; mucho más grande que Munden, Dowton, Liston y Fawcett; mucho más grande que Hean, aunque aquí no es tan fácil hacer una comparación. A duras penas puedo creer que Garrick haya tenido más verdadero genio cómico que Mathews. Deploro á menudo no haberle visto con más frecuencia. ¿Por qué no lo hice? No puedo decir, porque yo le admiraba, y me dolían los hijares de tanto reir siempre que le veía.

13 de Enero.—Durante el almuerzo llegó una cita para mañana en el castillo de Windsor. Sentí una punzada al leer el nombre. ¿Hubo nadie tan perseguido por tal bagatela como yo con motivo de ese asunto? Y, si se supiese la verdad, sin la menor razón. Pero hay que conceder que mi vida ha debido ser muy feliz, para que tal persecución se cuente entre mis mayores desgracias.

14 de Enero.—Fuí á Windsor, y subí al palacio. Mi cuarto era muy cómodo; leí un volumen de folletos jacobitas ante una llama esplendorosa. A las ocho pasé al Corredor, y admiré su inmensa longitud y el número y la belleza de los objetos que contiene. Han pasado cerca de nueve años desde que estuve aquí. ¡Cómo ha cambiado todo, y yo mismo entre otras cosas! Hablé algunas palabras con el príncipe acerca de la cátedra de medicina vacante en Cambridge por defunción de Haviland. Yo indiqué que ni en Oxford ni en Cambridge podía organizarse una gran escuela de medicina. El dijo, muy acertadamente, que Oxford y Cambridge son ciudades mayores que Heidelberg, y que Heidelberg, sin embargo, es un centro eminente de educación médica. Pero añadió algo que explicaba por qué era así. En Alemania, dijo, difícilmente había

un médico, ni aun en Berlín, ni en Viena, que ganase mil libras al año ejerciendo su profesión. En tal supuesto, una cátedra en Heidelberg bien puede valer tanto como la mejor clientela en las grandes ciudades. Aquí, donde Brodie y Bright ganan más de 10.000 libras al año, y donde, si se estableciesen en Cambridge ó en Oxford, no ganarían, probablemente, 1.500, no es probable que se provean las cátedras en eminencias de la profesión.

En la mesa estuve entre la duquesa de Norfolk y una señora extranjera que apenas puede hacerse entender en inglés. Salí del paso lo mejor que pude. La orquesta apagaba la conversación con una serie de piezas sonoras. Una fué *The Campbells are coming* (1). Cuando pasamos al salón, la reina se acercó con gran animación á mí, y quiso que la contase algunas de mis anécdotas, que conocía de referencia, según me dijo, por Jorge Grey. La hice reir de veras. Ella siguió hablando durante algún tiempo muy cortés y agradablemente. Nada más sensato que sus apreciaciones sobre la cosas de Alemania. Me preguntó sobre el libro de Merle d'Aubigné, y yo respondí que no había que fiar en él ciegame; que el escritor era muy hombre de partido y demasiado colorista, pero que su libro bien merecía leerse, y que le interesaría y entretendría mucho. Luego me puse á charlar con dos damas de honor. Se comió tarde, y, por consiguiente, la noche fué corta. A las once en punto se retiró la reina.

16 de Enero.—A la estación. Fueron conmigo lord Aberdeen y Jorge Grey. Durante esta visita hemos sido inseparables y nos hemos entendido perfectamente. Hablamos mucho hasta que entró más gente

(1) Este es el único caso auténtico en que se sepa que Macaulay acertó á distinguir una pieza musical de otra.

en el coche: un fanático y una fanática; pero su fanatismo no era religioso, sino filantrópico y frenológico. Jamás he visto cosa parecida. Todo lo que podíamos hacer era no reír á carcajadas. La señora declaró que la Exposición de 1851 ensancharía su idealidad y su localidad. Lord Aberdeen nos había contado un poco antes algunas cosas preciosas de los antiguos jueces escoceses. Lord Braxfield exclamó dirigiéndose á una señora con quien jugaba al *whist*: «¿Qué está usted haciendo, diablo de vejestorio?» Y luego, rehaciéndose: «Señora, usted dispense. La tomé á usted por mi mujer.»

A las siete y media vino el *brougham*, y fui á comer á casa de lord Jhon Russell, contento y orgulloso, y pensando en lo injustamente que fué tratado el pobre Pepys por anotar en su Diario la satisfacción que le produjo ir en su propio coche. Es la primera vez que tengo coche mío, exceptuando la época de ministerio.

5 de Febrero. — Durante el almuerzo leí la correspondencia entre Voltaire y Federico. ¡Buena pareja! Repasé mi artículo sobre Federico. Contiene muchas cosas justas y muchas vigorosas y enérgicas; pero, en resumen, creo que haría bien en no reimprimirle (1). Compré una soberbia «Valentina» en la Columnata, y escribí los versos á miss Stanhope. Son unos lindos versos. Luego fui á Westbourne Terrace, y en el camino me hice con un libro, del que conservaba vivo recuerdo, y que no había visto hacia muchos años: una traducción de algunas comedias españolas, una de las pocas notas alegres de nuestra hos-

(1) Macaulay no tardó en cambiar de parecer, y el artículo de Federico fué incluido en la colección de *Ensayos*.

ca biblioteca de Clapham. Ana se entusiasmó al volverle á ver.

Leí una buena porción de lo que he escrito, y no quedé descontento, sobre todo lo referente al *bill* sobre los juicios de traición en el cap. XVIII. Esos resúmenes de debates parlamentarios serán una particularidad nueva de la obra, y que creo ha de llamar la atención.

Jueves, 1.º de Mayo de 1851.—Un día hermoso para inaugurar la Exposición. Algo nublado por la mañana, pero en general despejado y apacible. Me ha llamado la atención la cantidad de forasteros que se ven por las calles. Pero todos son gente decente y respetable. No vi ninguno de los hombres de acción con que nos amenazaban los socialistas. Fui al Parque, y seguí la Serpentina. Había un gentío inmenso en las dos márgenes del estanque. A mí se me figura que deben haberse juntado á un tiempo en Hyde Park cerca de trescientas mil personas. La vista al través del ramaje verde era deliciosa. Los botes y las fragatillas que surcaban el lago, las banderas, la música, todo ensanchaba el alma de placer, y en la muchedumbre reinaba la mayor animación. Tropecé con Punch Greville, y paseamos juntos durante una hora. El, como yo, consideraba más digno de verse el espectáculo de fuera, que el de dentro. Me enseñó una carta de Mad. de Lieven, una carta necia, con una afectación de perspicacia y profundidad como suya. Llama á esta Exposición experiencia atrevida, imprudente. Teme una explosión horrible. «Es posible que salgan ustedes de ella con bien, y entonces se darán más tono que nunca.» ¡Y á esta mujer se la mira como un oráculo político en ciertos círculos! Tan probable es una revolución en Inglaterra, como la caída de la luna.